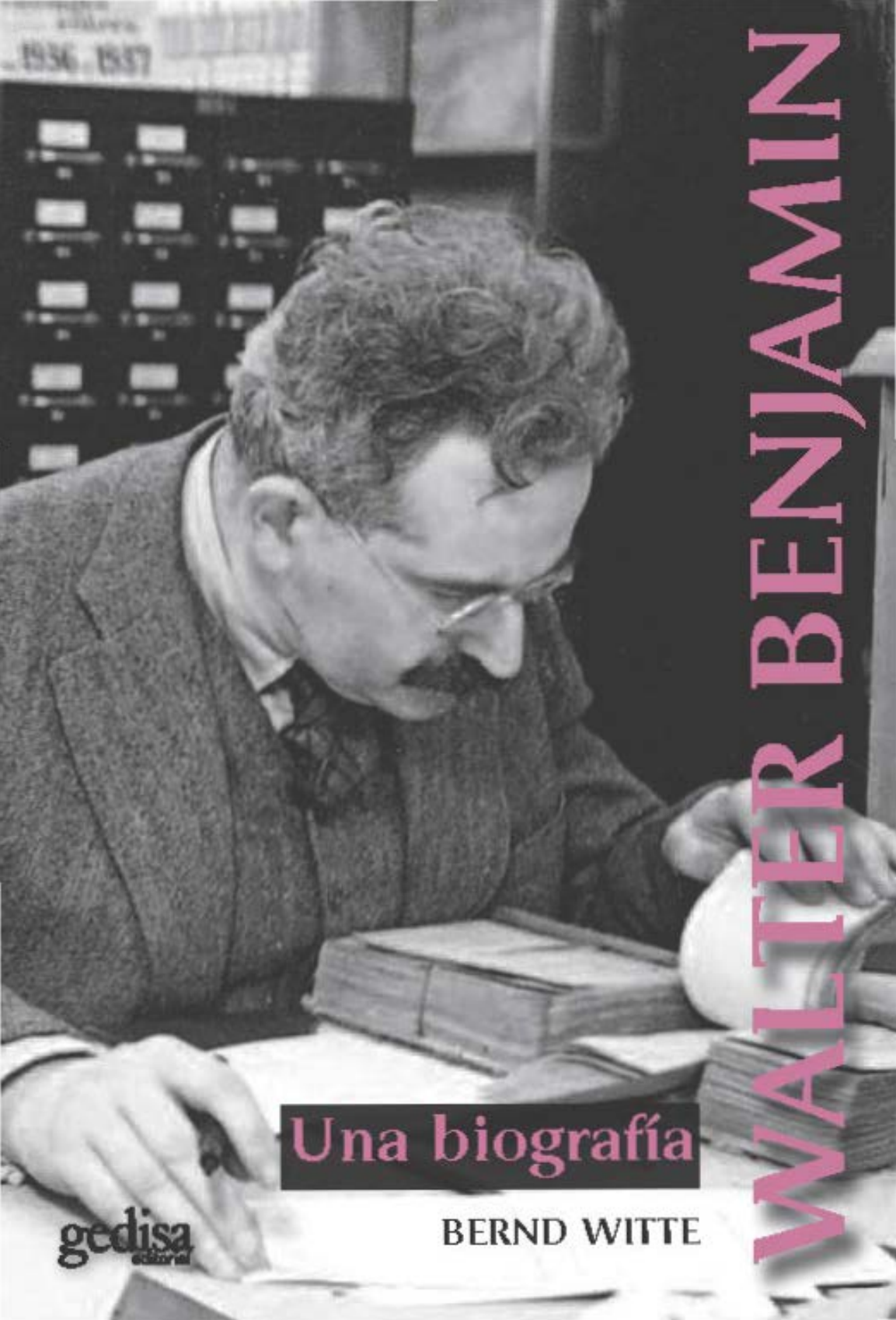

WALTER BENJAMIN

Una biografía

BERND WITTE

gedisa editorial

Bernd Witte

WALTER BENJAMIN

Serie: Biografías, Autobiografías y Testimonios

WALTER BENJAMIN

Una biografía

Bernd Witte

gedisa
editorial

Título original en alemán: *Einführung in Leben und Werk*
The original edition was published under the title Walter Benjamin
in the series «Rowohlts Monographien»
© 1985 by Rowohlt Taschenbuch Verlag Gmbh, Reinbek bei Hamburg
For the additional text: © 1988 Les Editions du Cerf, París

Traducción: Alberto L. Bixio

De la imagen de cubierta: © Gisèle Freund, *Walter Benjamin en la Biblioteca Nacional de Francia en París*, 1939
Diseño de cubierta: Equipo Gedisa

Primera edición: 1990, Barcelona
Segunda edición: febrero de 2002, Barcelona
Tercera edición: septiembre de 2020, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.
Avenida del Tibidabo, 12 (3º)
08022 Barcelona, España
Tel. (+34) 93 253 09 04
gedisa@gedisa.com
www.gedisa.com

eISBN:978-84-18193-84-2

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cual-quier otro idioma.

Índice

I Infancia y juventud en Berlín (1892-1902) 9

II. Movimiento de la juventud, judaísmo, filosofía del lenguaje (1912-1917) 23

III. La crítica de arte y el espíritu del romanticismo (1917-1923) 47

IV. Pesimismo histórico y estética anticlásica (1923-1925) 79

V. París, Berlín, Moscú (1926-1929) 103

VI. Crisis y crítica: El fin de una época (1929-1933) 131

VII. El exilio: La teoría del arte sin aura (1933-1937) ... 175

VIII. Pasajes parisienses (1937-1939) 203

IX. El fin de la historia (1940) 231

Cronología 239

Indicaciones bibliográficas 241

Índice de nombres 251

I

Infancia y juventud en Berlín (1892-1902)

«Un hijo de la burguesía acomodada», así se definió a sí mismo Walter Benjamin en las notas autobiográficas de su *Crónica berlinesa*.[1] Su padre, Emile Benjamin, nacido en 1866, procedía de una familia de comerciantes establecida desde larga data en Renania y había pasado su juventud en París. Los antepasados de la madre Pauline Schönflies «tenían sus raíces en la marca de Brandeburgo y el Mecklemburgo, en donde practicaban el comercio de ganado o de granos».[2] Después de 1871, las dos familias de los abuelos se habían radicado en la capital durante la plena expansión del imperio recién fundado y eligieron domicilio en la misma calle del viejo barrio del oeste de Berlín en donde todavía vivían cuando Benjamin era niño. También los padres, después de su casamiento realizado en 1891, se instalaron en ese barrio del sudoeste del Tiergarten y del Zoológico, y fue allí donde el 15 de julio de 1892 nació su hijo mayor que fue anotado en los registros con el nombre de Walter Benedix Schönflies Benjamin. Tres años después vino al mundo su hermano menor Georg y en 1901 lo hizo su hermana Dora.[3]

1. *GS*, VI, 465 (*Berliner Chronik*).
2. *GS*, IV, 249, *Enfance berlinoise*, pág. 52.
3. Hilde Benjamin, *Georg Benjamin, Eine Biografie*, Leipzig. 1977, págs. 13 y siguientes. Gershom Scholem. «Ahnen und Verwandte Walter Benjamins», *Bulldes Leo-Baeck-Instituts* 61, 1982, págs. 30 y siguientes.

Emile Benjamin había adquirido su «fortuna que llegó a ser grande» en su condición de perito tasador y socio de la casa de subastas Lepke, situada en la calle Koch. Después de haber retirado su colaboración activa en esa empresa, Emile invirtió con fines especulativos en una serie de sociedades menos importantes entre las cuales se contaban una «gran tienda de productos farmacéuticos», una «sociedad anónima dedicada a la construcción» y un «centro de distribución de vinos». A partir de 1919, formó parte del consorcio que administraba el Palacio de Hielo, un teatro de variedades de Berlín.[4] Por más que esas relaciones de negocios permanecían ocultas para el niño, los atributos sociales de la prosperidad familiar no podían pasarle inadvertidos. En la *Crónica berlinesa,* Benjamin recuerda la atmósfera de alta burguesía que reinaba en la morada de la calle Nettelbeck, en el n.° 24. Proveedores de la casa e institutrices francesas, temporadas de verano en Potsdam y en Neubabelsberg, los cursos particulares seguidos durante años dentro de un círculo estrecho de niños de la «alta sociedad». Todos estos signos inequívocos de la preeminencia social de su familia le permitían evaluarla en no menor medida que las numerosas recepciones ofrecidas en la casa paterna que daban lugar a una exhibición tal de porcelanas y platería que treinta años después el hijo podrá describir todo aquello con el asombro, mezclado de respeto y de disgusto, del coleccionista apasionado, del historiador materialista que había llegado a ser.[5]

En los recuerdos de imágenes contenidos en *Infancia berlinesa,* texto comenzado a los cuarenta años, Benjamin trató de discernir, en la seguridad que experimentaba como miembro de la gran burguesía, los gérmenes de la destrucción a la que debía sucumbir el mundo del siglo XIX en medio de la guerra y la inflación. Los breves textos en prosa de que se compone el libro a la manera de un mosaico son mucho menos documentos históricos que profecías re-

4. *GS,* VI, 498 (*Berliner Chronik*).

5. *GS,* IV, pág. 264 y siguiente, *Enfance berlinoise,* págs. 77 y siguiente y 110 y siguiente.

trospectivas que revelan ya en las emociones inconscientes de la infancia el punto de vista del historiador materialista de 1932. El hecho de estar plenamente inmerso en el siglo XIX lo expone precisamente al peligro. El mobiliario de la época de Guillermo II, que llenaba los grandes aposentos de su familia, llega a ser para el niño una segunda y mala naturaleza que le impide encontrarse a sí mismo. Walter será siempre más semejante a lo que lo rodea, a la vida dominada por la economía de mercado que caracteriza a la sociedad en alto grado industrializada del siglo XIX que fenece; y se hace cada vez más desemejante de su «propia imagen».

Benjamin conservó esta autoalienación de una manera arquetípica en la descripción de dos fotografías, una de las cuales se asemeja a la toma que nos es conocida por el *Diario de Wengen* de 1902 y que lo muestra a la edad de diez años con su hermano Georg en el «frescor estival» de un paisaje de montañas artificiales. «A cualquier parte a que dirigiera mis miradas me veía rodeado de biombos de tela, de almohadones, de pedestales, que ansiaban ávidamente mi imagen, así como las sombras del Hades codician la sangre del animal sacrificado. En definitiva, se me proponía como ofrenda a una vista de los Alpes groseramente trazada y mi mano derecha que debía levantar un sombrerito de pelo de camello proyectaba su sombra a las nubes y a las cimas nevadas de la tela extendida. Con todo eso, la sonrisa atormentada que vaga en los labios del pequeño montañés no es tan desoladora como la mirada que, partiendo del rostro de un niño en actitud de descanso a la sombra de la palmera de interiores me penetra profundamente. La palmera procede de uno de esos talleres que, con sus escabeles y sus trípodes, sus tapicerías y sus caballetes, participan del carácter del *boudoir* y del de la sala de tortura. Y allí me estoy yo con la cabeza descubierta sosteniendo en la mano izquierda un enorme sombrero que dejo caer con estudiada gracia. La mano derecha aferra un bastón, cuyo puño inclinado es visible en el primer plano, en tanto que su extremidad inferior se oculta en medio de un manojo de plumas de avestruz que se esparcen desde una mesa de jardín. Completamente apartada y junto a la cortina está mi madre inmóvil metida en una ceñida blusa. Como un maniquí de modista, mi madre con-

templa mi traje de terciopelo que, sobrecargado de pasamanería, parece salido de una tienda de modas. Pero yo me veo desfigurado a fuerza de ser semejante a todo lo que está alrededor de mí. Así moraba yo en el siglo XIX como un molusco alojado en su concha, y ahora ese siglo está frente a mí como una cáscara vacía.»[6]

Este texto dado por Benjamin con motivo de un autorretrato fotográfico nos suministra preciosas indicaciones sobre la perspectiva en que él mismo vio su infancia. De una manera extremadamente antiidealista y antipsicológica, Benjamin relaciona la formación de la identidad del niño con el espacio socialmente marcado de su vida cotidiana. Las calles, los cursos, las escuelas de la capital imperial, el mobiliario y la arquitectura de los fundadores del imperio reaparecen siempre en *Infancia berlinesa* como el molde de esta segunda naturaleza, de esta falsa naturaleza. En el carácter artificial de los accesorios que preparan al objeto fotográfico de manera tal que aun antes de ser capturado por la placa da en la rigidez mortuoria, Benjamin encontró la metáfora en la cual le es posible pensar la correlación que hay entre la inconsciencia y la alienación de la época guillermina y la inconsciencia y la alienación del niño que creció en dicha época; y asimismo puede concebir el miedo y la tristeza que trasluce esta situación tanto en el caso del individuo como en el de la comunidad. Además es en alto grado característico del método que instaura Benjamin al adoptar la posición materialista contraria a la «novela educativa» el hecho de que la segunda fotografía que describe no es en modo alguno un retrato de sí mismo. Ya dos años antes de la redacción del texto autobiográfico, Benjamin utilizó palabras casi idénticas en una reflexión sobre un retrato de Franz Kafka cuando éste tenía cinco años.[7] La cita no señalada disimula y a la vez revela la identificación de Benjamin con el escritor de Praga que, hijo como él de una familia judía de negociantes, había hallado en la actividad de escribir la fuerza para escapar de su medio. En *Infancia berlinesa,* Benjamin deja al iniciado

6. *GS*, IV, pág. 261. *Enfance berlinoise*, pág. 73, traducción modificada.
7. *GS*, II, 375, *Poésie et Révolution*, pág. 23.

el cuidado de reconocer que no se trata de cosas privadas, sino que se trata de la posición del niño como individuo en el ambiente de la gran burguesía judía de comienzos de siglo.

La ambigüedad ligada con las figuras deformadas de esa infancia, sólo se elimina en los raros momentos en que el niño retorna a sí mismo al escapar de su clase. En este sentido se ha interpretado el carácter recalcitrante del niño, su «costumbre de permanecer siempre un paso atrás. Era como si en ningún caso quisiera yo formar un frente común con alguien, ni siquiera con mi propia madre.» Esta forma de protesta contra su propio origen social tiene que ver con el primer intento autónomo de escribir y se presenta en el texto titulado «Mendigos y prostitutas». «Para los niños ricos de mi edad, los pobres eran solamente los mendigos. Y para mí fue un gran progreso de conocimiento el momento en que por primera vez la pobreza se me manifestó en la ignominia del trabajo mal pagado. Esto ocurrió en un breve texto, tal vez el primero que redacté totalmente para mí mismo. Se trataba de un hombre que distribuía prospectos y de las humillaciones que sufría por parte de los transeúntes indiferentes a los prospectos.»[8] Es en los estratos de experiencia más antiguos aun donde Benjamin percibe esta conexión de la rebelión, del acceso a la expresión y de la formación de la identidad cuando describe los juegos de escondite del niño: «El chico oculto detrás de la cortina se convierte él mismo en algo blanco que flota, en un fantasma. La mesa del comedor debajo de la cual se acurruca hace de él el ídolo de madera del templo y sus pies esculpidos son cuatro columnas. Y detrás de una puerta, es él mismo puerta. Se la aplica como una pesada máscara y convertido en mago embrujará a todos aquellos que entren sin sospechar nada. Es menester a toda costa que no lo encuentren... También hacía huir con un grito penetrante al demonio que me metamorfoseaba de esa manera, cuando aquel que me buscaba se apoderaba de mí y hasta sin esperar al último momento salía yo a su encuentro lanzando un grito de liberación.»[9]

8. *GS*, IV, 287, *Enfance berlinoise*, pág. 116.
9. *GS*, IV, 253 y siguientes, *ibíd.*, pág. 60, traducción modificada.

La visión mágica del mundo que hace que el niño se confunda con su ambiente poblado de una manera animista queda roto por primera vez en virtud de la afirmación de sí mismo, mediante el grito. Esta expresión primitiva, todavía inarticulada del yo, equivale a la promesa alegórica de quedar liberado del poder inconsciente que ejerce un mundo perverso, liberación que la actividad de escribir hace posible. Y es así como en la imagen dialéctica el niño se constituye en escritor y el escritor se asegura del origen de su propia actividad en la infancia.

Benjamin siempre mantuvo extrema discreción sobre las condiciones de su vida personal. El autor que se jactaba «de no emplear nunca la palabra yo» tampoco revela nada sobre su familia, sobre sus padres, o el hermano y la hermana.[10] Únicamente sus recuerdos de la infancia constituyen en esto una excepción significativa. «La imagen del poder y de la grandeza» del padre guarda relación con la técnica del teléfono que era nueva alrededor de 1900 y con la cual el padre se complacía en llevar a buen fin sus transacciones bursátiles: «Las divergencias de opinión con los empleados y funcionarios eran la regla, para no hablar de las amenazas y de los juramentos que mi padre profería cuando estaba en comunicación con la oficina de reclamaciones. Pero reservaba sus verdaderas orgías a la manivela del aparato, a la que se dedicaba minutos enteros hasta olvidarse de sí mismo. Y su mano era como un derviche que se abandona a la voluptuosidad de su vértigo. En cuanto a mí, el corazón me palpitaba pues estaba seguro de que en semejantes casos una conmoción eléctrica amenazaba a la empleada para castigarla por su negligencia.»[11] El inexorable tirano hizo una alianza con la técnica más moderna y la empleaba en sus negocios mientras explotaba y castigaba por eso mismo a quienes eran socialmente más débiles. En tal situación las estructuras míticas de la organización patriarcal de la sociedad se hacen visibles. El sufrimiento impotente demostrado por Benjamin como reacción a los excesos de la sed de dominio de

10. *GS*, VI, 475 (*Berfiner Chronik*).
11. *GS*, IV, 243, *Enfance berlinoise*, pág. 42-43.

su padre parece ser el origen (dentro de la esfera privada) de las relaciones extremadamente tensas que mantuvo después con su padre y (en su vida pública) el origen de su repudio inflexible de las formas burguesas de existencia.

La imagen de la madre es completamente diferente. Su fuerza consoladora y bienhechora contrabalancea la temible autoridad del padre cuando la madre se llega a la cabecera del niño, con frecuencia enfermo, para contarle cuentos: «El dolor era un dique que solamente al comienzo se resistía a la narración; luego, cuando el relato había tomado fuerza el dolor disminuía y era llevado al abismo del olvido. Las caricias formaban un lecho para ese torrente. Yo amaba esas caricias pues de la mano de mi madre chorreaban ya historias que pronto se escaparían de su boca en abundancia.»[12] La dulzura con que el hijo envuelve el recuerdo de sus relaciones infantiles con la madre se acrecienta aun más al atribuirle a la madre las fuerzas arcaicas del narrador, la capacidad de transmitir experiencias y de curar enfermedades, poderes que Benjamin celebra en su ensayo sobre *El narrador* de 1936 y que lamenta que hayan desaparecido desde hace mucho tiempo atrás en los modernos. De manera que la madre era para él la garantía de esa armonía entre el cuerpo y el texto, armonía que al adulto se le manifiesta como la dicha de la infancia perdida para siempre.

En sus fragmentos de recuerdos, Benjamin no se contenta con reproducir pura y simplemente la distribución de los papeles dentro del pequeño círculo de la familia patriarcal ni con sacar conclusiones sociopsicológicas sobre el proceso de su socialización primitiva, sino que sus fragmentos se ordenan para él en una imagen significativa en la cual la experiencia social del niño resulta idéntica a la experiencia del adulto que las consigna. En ningún otro lugar esto se manifiesta más claramente que en el texto titulado precisamente «Sociedad». En esa reinterpretación del tema de *En busca del tiempo perdido* de Proust, a través de la cual el recuerdo subjetivo de la infancia se transforma en una imagen historico-materialista, el ri-

12. *GS*, IV, 270 y siguientes, *ibíd.*, págs. 88-89.

tual mundano de las veladas de recepción en la residencia de los padres revela la fragilidad de las relaciones familiares. «El monstruo» que la ansiosa sagacidad del niño discierne en la sociedad va a envilecer los preparativos de la tarde que sin embargo parecían destinados a una fiesta de la paz, como lo garantizaban los «acianos que constituían un pequeño detalle del servicio de porcelana blanca inmaculada»,[13] el monstruo, pues, se instala en el corazón de la familia. Contra el carácter demoníaco de la sociedad de consumo que se sienta a la mesa preparada para otros fines, el niño encerrado en su habitación alejada resulta totalmente impotente. Sin embargo presiente lo que luego se hizo seguro a los ojos del adulto, es decir, el lugar del cual el monstruo extrae su fuerza destructora: «Y como el abismo que lo había escupido era el de mi clase, aquellas noches cobraba yo así por primera vez conocimiento de ella».[14] Y el padre avanza contra ella empuñando armas tomadas de su propio arsenal. «La pechera brillante como un espejo» le parece al niño una «coraza» y el padre le parece un «caballero defendido por el escudo» que marcha al combate contra el monstruo.

También aquí la imagen apacible de la madre es opuesta a la que deriva de la lucha por la existencia. Desde el principio la madre está rodeada por los rayos de colores que irradian las piedras preciosas de su broche. El lector, que ya las encontró en otro texto de *Infancia berlinesa* como alegoría del arte en el sentido en que Goethe habla del «reflejo coloreado de la vida», ve la figura de la madre a la misma luz reconciliadora que la ilumina en el texto sobre «La fiebre». Por eso su alejamiento en definitiva no está vivido, a ejemplo de Proust, como un abandono de amor sino por el contrario lo está como la promesa de la futura felicidad. «Y sin conocerla, adivinaba yo en mi cama, justo antes de dormirme, la verdad de una pequeña charada: "Cuanto más avanza la velada más hermosos son los invitados"».[15] Esta frase, la última del texto, identifica a la madre que ya

13. *Enfance berlinoise*, pág. 80.

14. *Berliner Kindheit um 1900*, Francfot, 1962, pág. 79. Esta frase falta en el texto dado por *GS*, IV, 264, *Enfance berlinoise*, pág. 78.

15. *GS*, 266, *ibíd.*, pág. 82, traducción modificada.

tarde en la noche retorna junto al lecho de su hijo dormido, cual la última convidada y por lo tanto esto le confiere el carácter precursor de una figura que anuncia a convidados más tardíos aún, aquellos a quienes él espera sentado a la mesa preparada para la paz.

La ambivalencia de la relación mantenida por el niño con su familia vuelve a encontrarse en su relación con Berlín, su ciudad natal. Por una parte, Benjamin se ve prisionero de los barrios del viejo oeste y del nuevo oeste de Berlín: «Mi clan vivía entonces en esos dos barrios con una actitud en la que se mezclaban el orgullo y la obstinación y que hacía de ellos un gueto que dicho clan consideraba como su feudo. Yo permanecía encerrado en ese barrio de propietarios sin conocer ningún otro».[16] Sin embargo, a la distancia esos lugares cuya arquitectura, concebida «por los penúltimos epígonos de Schinkel», conservaba según Franz Hessel «los últimos restos de la grecomanía prusiana»,[17] le parecerán también como el refugio de una forma de vida burguesa y humanista a la cual el niño había debido su felicidad y su seguridad y que para el adulto (que había vivido la destrucción de esa vida) se habían metamorfoseado en una remota utopía como la imagen del jardín de las Hespérides.

Lo que de la infancia no puede reconstruirse sino partiendo de autointerpretaciones ulteriores encuentra su formulación cuando Benjamin emprende el camino de la escuela en sus primeros textos conservados, en los primeros documentos relativos a su actitud y a su conducta. A partir de Pascua de 1902, Benjamin frecuentaba las clases de humanidades del Gimnasio Kaiser-Friedrich situado en la plaza Savigny de Berlín. Antes sólo había recibido exclusivamente una enseñanza particular dentro de un pequeño círculo de niños de padres ricos. La *Crónica berlinesa* menciona, a fin de indicar el carácter elitista del pequeño grupo, el nombre de dos condiscípulas procedentes respectivamente de la gran burguesía y de la aristocracia, Ilse Ullstein, cuya familia poseía una de las casas editoriales más importantes de la época, y Louise de Landau. Posteriormente Benjamin fue preparado para ingresar en el gimnasio por un pro-

16. *GS*, IV, 287, *ibíd.*, pág. 116.
17. Franz Hessel, *Spazieren in Berlin,* Munich, 1968, pág. 141.

fesor especializado que le impartió sobre todo lecciones propedéuticas. Evidentemente el joven Benjamin, muchacho enfermizo que había crecido muy protegido, no se adaptaba bien al sistema escolar público. En efecto, pasados apenas tres años, los padres lo retiraron del gimnasio y lo enviaron al establecimiento de alumnos internos de Haubinda, situado en la campaña de Turingia, donde Walter permaneció dos años y donde probablemente repitió una clase. Sólo en 1907 regresó al Kaiser Friedrich Gymnasium en donde obtuvo su *Abitur* (el título de bachiller) en la Pascua del año 1912, cuando tenía veinte años. Ese mismo año, la familia se mudó a las afueras de la ciudad, al barrio residencial de Grunewald. «Emile Benjamin había adquirido en el n.° 23 de la calle Delbrük una mansión con trazas de castillo fortificado... Vivíamos allí en un espacioso piso con jardín de invierno y la casa estaba adornada por un bonito parque.»[18]

El gimnasio guillermino, en cuyas clases los azotes, los vejámenes mediante cambio de asientos, los arrestos eran castigos habituales, llenó al alumno Benjamin de desazón y espanto. En los recuerdos consignados treinta años después aparece todavía «el dintel almenado que corría por encima del aula de clase» como «un emblema de cautiverio», y los pensamientos del niño atormentado se refugiaban en ese emblema durante las largas horas de clase.[19] Se le representa melancólicamente como la imagen significativa de «la intimidad protegida por la fuerza» y le abre los ojos acerca de la organización de la escuela y de la sociedad a comienzos del siglo.

Más que las medidas coercitivas contrarias a toda pedagogía, lo que le chocó sobre todo fue el hecho de verse encerrado dentro de la masa de sus condiscípulos: «Esas escaleras fueron siempre objeto de mi odio, odio que experimentaba cuando tenía que subirlas en medio del rebaño mientras frente a mí veía una selva de pantorrillas y de pies y me sentía expuesto sin defensa a las emanaciones dudosas de todos

18. Hilde Benjamin, *op. cit.*, pág. 19.
19. *GS*, VI, 474 (*Berliner Chronik*).

esos cuerpos que se apretaban tan estrechamente contra el mío».[20] En estas líneas se expresa la repulsión física que suscita en el solitario el hecho de verse incorporado en una colectividad que habla sin rodeos. Los impotentes intentos del niño para sustraerse a esta coacción están expresados en enfermedades, retrasos, falta de atención en la clase. De esta negativa instintiva a pertenecer a una clase nace luego la aguda conciencia del valor de la propia individualidad. Por ejemplo, el estudio de Píndaro, impuesto por el programa, lo incita a redactar su «primer ensayo filosófico», cuyo título «Reflexiones sobre la nobleza» indica suficientemente las ambiciones del autor.

De su estancia de dos años en Haubinda nacieron impulsos decisivos para el ulterior desarrollo del espíritu y del carácter de Benjamin. En aquel establecimiento, fundado en 1901 por Hermann Lietz para alumnos secundarios, dirigido desde 1904 por Paul Geheeb y Gustav Wyneken que intentaban poner en práctica el programa de reforma escolar concebido por este último, Benjamin sintió por primera vez que su idealismo podía tomarse seriamente, que alumnos y profesores podían alternar como interlocutores libres con derechos iguales, unidos por los mismos objetivos espirituales. La vida que llevó en esa comunidad educativa impregnada de idealismo hizo de Benjamin un defensor encarnizado de la reforma escolar hasta durante los años de guerra.

En la revista Der Anfang (El comienzo) que difundía las ideas de Gustav Wyneken, publicada desde 1908, primero mediante un hectógrafo, por Georges Barbizon (alias Georg Gretor), Benjamin publica en el verano de 1910 sus primeros trabajos a los que todavía les falta independencia tanto en la forma como en el fondo, pero que ya le hacen presagiar la conciencia de su futuro papel de intelectual aislado. De manera que puede interpretarse su primera publicación como el esbozo de una identificación más allá de las metáforas tradicionales:

20. *GS*, VI, 511 (*Berliner Chronik*).

Mira, al borde del espantoso abismo
percibes a alguien erguido y libre de cuidados
entre la negra noche y la abigarrada vida;
ése se mantiene de pie y tranquilo,
solitario, apartado del camino de la vida.[21]

A los dieciséis años Benjamin fundó con su condiscípulo Herbert Belmore y otros un círculo de lectura y de discusión en el que durante veladas semanales cada miembro declamaba por turno y discutía obras de la literatura universal. Pero las ideas de la reforma escolar constituían también el centro de dichas preocupaciones, como lo establece bastante bien el discurso sobre *La bella durmiente del bosque* que Benjamin publicó en la segunda entrega de *Der Anfang* con el seudónimo de Ardor, ya empleado en textos anteriores y significativo de su empeño. En ese texto se habla de los papeles del teatro tanto clásico como moderno, considerados por Benjamin como los precursores de la «era de la juventud» cuyo advenimiento él pronostica: Tasso y Fausto, Karl Moor y Max Piccolomini, Hamlet y Gregers Werle. «Ahora bien, la juventud es la bella durmiente que entregada al sueño no se da cuenta de la proximidad del príncipe que se apresta a liberarla. Y nuestra revista quiere contribuir con todas sus fuerzas a que la juventud se despierte, a que asuma su parte en la lucha entablada en favor de ella».[22]

Los esfuerzos intelectuales y los esfuerzos de organización que hizo Benjamin durante los años siguientes estuvieron dedicados casi exclusivamente a la misión que él esboza aquí. En su último artículo de *Der Anfang,* publicado en mayo de 1911, pero redactado cuando todavía era estudiante (texto programático titulado «La libre comunidad escolar»), Benjamin trata de determinar las tareas de la nueva generación apoyándose en largas citas tomadas de los *Cuadernos para una libre comunidad escolar* de Wyneken. Aquí toma de su maestro la mezcla (típica de esa época) de metafísica del

21. *GS*, II, 832.
22. *GS*, II, 9 (*Das Domröschen*).

espíritu de corte hegeliano y de la entusiasta creencia en el progreso técnico. En la manera en que Benjamin trata de caracterizar el «sello» de la época se anuncia ya marginalmente la valoración positiva de la influencia de la técnica en los procesos culturales, tema que debía preocupar al autor del ensayo sobre *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica:* «En el socialismo, el Espíritu se opone a las degeneraciones de la lucha por la vida; en el evolucionismo, el Espíritu reconoce el desarrollo lógido del mundo; en la técnica, el Espíritu acepta el combate con las fuerzas de la naturaleza. El mundo se convirtió en el objeto del espíritu humano que antes se encontraba aplastado por la potencia excesivamente grande de la materia». De este análisis muy poco original, Benjamin deduce la «misión del individuo en el tiempo presente». «El individuo debe ponerse al servicio de este espíritu objetivo y cumplir con su deber en el trabajo que debe aplicarse a los bienes más elevados. En la deducción consciente de este pensamiento perteneciente a la esfera metafísica hay una dimensión religiosa».[23] Estas palabras henchidas de *pathos* y en alto grado imprecisas, salidas de la pluma de un alumno de sexto año, podrían servir de epígrafe a los intentos que hizo Benjamin durante sus primeros años de estudio para influir en el Movimiento de la Juventud en el sentido de las ideas de Wyneken. En el compromiso incondicional para alcanzar este objetivo, el solitario idealista creía haber hallado el sentido de su actividad social y al mismo tiempo la seguridad que ofrece el hecho de pertenecer a una comunidad.

23. *Der Anfang*, 2. Folge, I. Jahrgang, 4, mayo de 1911, pág. 80 (no está incluido en *GS*).

II

Movimiento de la juventud, judaísmo, filosofía del lenguaje

(1912-1917)

A diferencia de numerosos escritores que sólo encuentran su tono propio después de largos tanteos, Walter Benjamin es completamente él mismo en sus escritos desde el comienzo. En consecuencia, no podemos mantener separados del resto de su obra y en un estado de marginalidad sus primeros textos correspondientes a la época de su adhesión al Movimiento de la Juventud. Benjamin debe a la identidad espiritual que encontró desde su primera juventud la seguridad y la autoridad con las que se coloca ante sus amigos y contemporáneos, y es esa identidad lo que le permite pronunciarse de una manera en alto grado apodíctica con el tono de quien enseña una doctrina; y esto ocurre desde sus primeras manifestaciones literarias.

En los años que preceden inmediatamente a la primera guerra mundial, años en los que Benjamin comenzó sus estudios, la protesta contra las formas de vida burguesa y el presentimiento de las inminentes catástrofes ya se podían encontrar en los textos de los expresionistas. Benjamin se mantuvo a distancia de éstos por más que conociera personalmente a un buen número de expresionistas, puesto que pertenecían generalmente a la misma generación y al mismo medio. Al carácter muy general del *pathos* de humanidad, propio de los expresionistas, el joven de veinte años oponía ya muy

conscientemente un *pathos* de la verdad fundado religiosamente; y a los pocos años opondría un contraproyecto teórico al arte expresivo de sus contemporáneos, un contraproyecto metafísicamente expuesto en su propia teoría del arte y enunciado por el concepto de lo «inexpresivo» *(das Ausdruckslose).*

Para proteger su expuesta posición, Benjamin se adhirió al ala radical del Movimiento de la Juventud. Cuando fue a Friburgo para cursar el semestre de verano de 1912 y emprender estudios de filosofía con el neokantiano Heinrich Rickert, dedicó la mayor parte de su tiempo a organizar grupos de estudiantes que debían propagar en las esferas académicas la idea (fundada en los escritos de Gustav Wyneken) de una cultura de la juventud independiente. El propio Benjamin reconocía que al entregarse a esta tarea descuidó casi por completo los cursos. Se pinta irónicamente como el «héroe de la reforma escolar» y la «víctima de la ciencia» en una carta de junio de 1912 dirigida a su compañero de clase Herbert Belmore que se había quedado en Berlín.[1] La «sección para la reforma escolar», a la que Benjamin se afilió en Friburgo, había sido fundada durante el semestre de invierno de 1911-1912 por obra de una proclamación oficial de Gustav Wyneken dentro del marco del movimiento de los estudiantes libres. *La Freie Studentenschaft* (Asociación de los estudiantes libres) defendía, contra el mantenimiento conformista de la tradición tal como la preconizaban las corporaciones, una concepción del saber orientada por el ideal humboldtiano de libertad y autodeterminación y exigía para los estudiantes el derecho a la palabra en las universidades. En el seno de este movimiento bastante poco organizado, los partidarios de Wyneken constituían el ala más radical. Se apartaban de los debates acerca de la organización política de la universidad, cuya esterilidad comprobaban, y expresaban su oposición absoluta a la sociedad guillermina en la exigencia de un «servicio del espíritu puro» *(Dienst am reinen Geist),* que sólo podría llevar a cabo una juventud aún no corrompida.[2]

1. B. 41, *Corresp.*, I, pág. 38.

2. Irmtraud y Albrecht Gotz von Olenhusen, «Walter Benjamin, Gustav Wyneken und die Freistudenten von dem Ersten Weltkrieg», *Jahrbuch des Archivs der deutschen Jugendbewegung,* 13. 1981, pág. 98 y siguientes.

Benjamin se declaraba partidario de esta concepción extremadamente idealista, que suponía transformar la sociedad mediante una revolución cultural, desde su «experiencia espiritual decisiva» que él veía en su estadía en Haubinda y en su contacto personal con Wyneken.[3] Durante el semestre de verano de 1912, la «sección para la reforma escolar» de Friburgo organizó, con la dirección de su fundador Christian Papmeyer, una serie de conferencias alrededor de la cultura de la juventud, conferencias reunidas en un folleto *(El estudiante y la reforma escolar)* del que se publicaron diez mil ejemplares que se distribuyeron a las asociaciones de los estudiantes libres de todas las universidades alemanas. Aunque, apenas había llegado a Friburgo, Benjamin hizo su contribución en la forma de una disertación que tenía el título programático de «La reforma escolar, un movimiento cultural»; aquí propiciaba que la juventud realizara una actividad productiva ejercida en la libertad, puesto que únicamente así eran posibles una «revisión de los valores» y un desarrollo de la cultura.[4]

Después de regresar a Berlín para el semestre de invierno de 1912-1913, Benjamin fundó en esta ciudad una sociedad de debates, el *Sprechsaal*, una sociedad libre de amigos que en sus veladas discutían cuestiones artísticas y morales. El grupo, al cual pertenecían también algunas jóvenes, alquiló en el Viejo Oeste, cerca del canal Landwehr, un apartamento que hubo de llamarse «El hogar» (*Das Heim)* y que servía de local para las reuniones a las que cada miembro tenía libre acceso.[5] Evidentemente se trataba ante todo de procurar a la juventud una forma de vida libre lejos de la vigilancia ejercida por los padres y lejos de lo que la vida burguesa tiene de público. Durante su segundo semestre de Friburgo y en el verano de 1913, Benjamin reorganizó allí, según el deseo formal de Wyneken, la «Sección para la reforma escolar» y paralelamente procuró ga-

3. *GS*, II, 836.

4. *GS*, II, 12-16 (*Die Schulreform, eine Kulturbewegung*).

5. *GS*, VI, 476 y siguientes (*Berfiner Chronik*) y Martin Gumpert, *Hölle im Paradies*, Estocolmo, 1939, pág. 55.

nar toda la Freie Studentenschaft a sus miras.[6] Al mismo tiempo, entregaba regularmente sus contribuciones a la revista para la juventud *Der Anfang*, editada desde hacía poco por Georges Barbizon y Siegfried Bernfeld en Berlín. Benjamin estuvo representado en cada una de las seis primeras entregas del año 1913 por un artículo en el que abogaba por las habituales posiciones de los radicales. Su protesta estaba enderezada contra la opresión en la escuela y en la casa parental, contra el «escepticismo y la experiencia de los filisteos» y contra la moral de mercaderes. Las firmes exigencias que Benjamin expone atestiguan su convicción (característica de su personalidad) de que se le ha encomendado una misión. Y es así como en el artículo titulado «Enseñanza y valorización» proyecta, invocando a Nietzsche, la imagen de un gimnasio antirreformista en el que Grecia «no puede ser el reino fabuloso de las "armonías" y de los "ideales"» sino que por el contrario es esa «Grecia misógina y homosexual de Pericles, una Grecia aristocrática, con la esclavitud, con los sombríos mitos de Esquilo». Y pregunta a los pedagogos «si se atreven a crear para nosotros semejante escuela que debe ser enemiga del presente, antidemocrática, altanera».[7] Considerando semejantes teorías, no sorprende que la aparición de *Der Anfang* «haya suscitado», como lo establecen los recuerdos de Siegfried Bernfeld «un clamoreo de indignación entre los profesores de gimnasio, los rectores, los partidos políticos y hasta entre las filas de la burguesía liberal».[8]

Consciente de su propio valor intelectual, Benjamin rechaza categóricamente la enseñanza universitaria tal como la conoce en Friburgo: «El seminario de Cohn sobre la *Crítica del juicio* y sobre la *Estética* de Schiller es químicamente puro de todo pensamiento... También asisto al seminario de Rickert y sobre él me hago mi propia idea». Piensa más bien que puede satisfacer sus propias pretensiones espirituales mediante conversaciones con sus amigos y con-

6. *B.* 48, *Corresp.*, I, pág. 44.
7. *GS*, II, 40 (*Utderricht und Wertung* II: *Uber das humanistiche Gymnasium*).
8. *GS*, II, 846.

discípulos Philippe Keller y Fritz Heinle y mediante la lectura en común de Spitteler, George, Rilke y Kierkegaard. En las discusiones desarrolladas en el seno de pequeños grupos de simpatizantes, Benjamin se esfuerza por hacer volver a «la gente a su juventud».[9] Este trabajo personal de misionero al servicio de Wyneken debía alcanzar cierto éxito. Al terminar el semestre de verano de 1913 Benjamin podía anunciar a sus amigos de Berlín: «Las veladas en favor de la reforma escolar (hay de ocho a diez participantes) continúan siendo de alto nivel. Lo esencial es que noche tras noche se discute a Wyneken cuya adhesión incondicional no disimulamos en modo alguno; todo procede de esta adhesión».[10]

La insistencia que ponía Benjamin en su dependencia respecto de su maestro y sus diferentes intentos de reunir alrededor de éste un círculo de discípulos podían remitirse a la teoría de Wyneken. Su hegelianismo, apoyado en las necesidades propias de la época guillermina, veía la historia del mundo como la irrupción progresiva del Espíritu a través de la naturaleza y de la humanidad. Los albores del siglo XX se distinguían por el hecho de que en ese proceso de «autorreconocimiento de la naturaleza», por primera vez intervenía también la juventud. Esta ideología idealista se dirigía a los mayores de los alumnos de gimnasio y a los estudiantes universitarios que procedían casi exclusivamente en aquella época de la burguesía media y de la alta burguesía. Dicha ideología daba la justificación de una estructura social jerarquizada que se reproducía en el modelo educativo propiciado por Wyneken. De ahí que únicamente aquellos seres culturalmente productivos, los genios, son portadores del Espíritu y en consecuencia son elegidos para ser los guías de las «comunidades que se educan ellas mismas». En cuanto a la masa de los jóvenes, el servicio del Espíritu sólo podía consistir en «entregarse libremente al guía que ellos mismos eligieron».[11]

Por más que la actividad social de Benjamin parezca totalmente empapada al principio de esta filosofía elitista del espíritu, sus es-

9. *B.* 52, *Corresp.*, I, pág. 48.
10. *B.* 70, *ibíd.*, pág. 65, traducción modificada.
11. Gustav Wyneken, *Schule und Jugendkultur,* Iéna, 1913, pág. 92.